



9. Sentido de lugar, memoria y emociones en contextos de movilidad forzada. Una aproximación desde la geografía humana ¹

Leidy Laura Cartagena Benítez

INTRODUCCIÓN

Aproximarme desde las narrativas de personas granadinas en Colombia y apatzinguenses en México a sus vivencias y experiencias en relación al valor otorgado a su sentido de lugar, el cual se vio alterado por los contextos de violencia criminal que viven ambos municipios, lo cual ha llevado a un alto número de personas a tomar decisiones respecto a moverse o no de sus lugares de vida, a raíz de los hechos victimizantes desplegados y que acecharon no solo la tranquilidad de sus pueblos, sino también el día a día de sus cotidianidades, fue uno de los propósitos de la investigación que da pie a este artículo.

Los continuos combates, asesinatos, secuestros, retenes, bloqueos de alimentos, quema de automóviles y de establecimientos públicos y comerciales, amenazas, toques de queda y un sinnúmero de acciones por parte de grupos armados –legales e ilegales–, además de las medidas institucionales para

¹ Resultado parcial de la investigación: “Uno siempre está construyendo su lugar. El quedarse, el salir y el volver en contextos de movilidad forzada. Colombia-México, 2000-2017”. Trabajo preparado para su presentación en el VI Coloquio de Investigación “Las emociones en el marco de las ciencias sociales: perspectivas interdisciplinarias”, Facultad de Estudios Superiores Iztacala UNAM, Tlalnepantla de Baz, Estado de México, 20, 21 y 22 de septiembre de 2018.

hacerles frente,² pusieron al descubierto en la población una serie de configuraciones con respecto a la forma de vivir las emociones emergentes bajo estos hechos y las relaciones con el espacio o con sus lugares próximos, pero también llevaron a emprender una serie de estrategias, ya sea: 1) la decisión de *permanecer* en sus localidades en medio de todo; 2) cuando la decisión es *salir*, empezar la itinerancia en las trayectorias de la movilidad, o 3) cuando al estar fuera por algunos días, meses y hasta años de ese lugar dejado, se decide *volver*.

Revisitar el pasado desde la memoria de quienes han vivido la experiencia de la movilidad forzada, para conocer su significado, implica a su vez, reconocer el sinnúmero de emociones que iban aflorando al sortear los embates de una cotidianidad día a día signada por la violencia; además, no se debe dejar de lado que la emergencia de tales emociones, junto con el sentido de lugar, fundan una impronta o huella en la dimensión espacio/temporal, así como en las relaciones y las prácticas sociales construidas por las personas que asisten a un proceso como el de la movilidad forzada en contextos de violencia.

En la revisión preliminar de fuentes, especialmente documentales, fue posible evidenciar cómo los intereses de comprensión y atención del proceso de movilidad forzada han versado, especialmente, sobre la identificación y registro de la población que sale, sus afectaciones y pérdidas tanto simbólicas como materiales, los territorios de recepción, las precariedades a las cuales se ve enfrentada la gente que se mueve en los espacios de asentamiento, así como las respuestas institucionales que allí reciben, privilegiando, en este caso, factores económicos y sociales que dejan de lado las reconfiguraciones y prácticas espaciales que ocurren durante todo el proceso de movilidad forzada. Por ello, este trabajo buscó hacer visible la dimensión espacial y su implicancia al analizar un proceso como el de la movilidad forzada; bajo orientaciones cualitativas, el reto emprendido estuvo dirigido a explicar y analizar,³ desde la experiencia de la población en situación de movilidad forzada, la construcción de sus sentidos de lugar y de sus prácticas espaciales en las trayectorias emprendidas del *quedarse*, el *salir* y el *volver*.

² Me refiero especialmente a las políticas de seguridad adoptadas por los gobiernos de turno, en el caso de Colombia, la Política de Seguridad Democrática: “Mano firme y corazón grande” del expresidente Álvaro Uribe Vélez en el periodo 2002-2010; y en México, el periodo de gobierno de Felipe Calderón Hinojosa, 2006-2012, en el que se replanteó la política de seguridad, dando paso a la llamada “guerra contra el narco”.

³ No se deja de lado el reconocimiento a la especificidad y la expresión del fenómeno en sus particularidades o generalidades.

El esfuerzo estuvo, entonces, en pensar este proceso desde lo espacial, dimensión poco abordada hasta ahora en los estudios sobre el tema, pero con un fuerte potencial para explicar la relación entre lo social y el espacio habitado, máxime si se considera que tanto los procesos geográficos como los movimientos que estos implican son una construcción social, y viceversa, las prácticas sociales también significan y resignifican la configuración espacial.

Los avances que se presentan a continuación dan cuenta de un proceso en específico, la movilidad forzada en Granada y Apatzingán, donde se ejemplifican exploratoriamente, y a manera de invitación para continuar en su profundización, las interacciones ocurridas entre las emociones de las personas y los lugares que han hecho suyos y dotado de sentido.

Este texto está estructurado en tres partes: en la primera se dará cuenta de las orientaciones teórico-metodológicas de la investigación; en la segunda, una aproximación al contexto espacial y situacional que mostrará por qué se eligió un estudio de caso multisituado; en el tercer apartado, a manera de hallazgos, se mostrará cómo se imbrican sentido de lugar, memoria y emociones en un proceso de movilidad forzada, y para finalizar, unas reflexiones parciales de lo que ha sido este proceso visto desde la arista de lo espacial en relación a la memoria y las emociones.

APROXIMACIÓN A LAS PERSPECTIVAS TEÓRICO-METODOLÓGICAS COMO CLAVES ORIENTADORAS

El estudio de las emociones ha sido un campo privilegiado desde la década de los 80 en las ciencias sociales, principalmente disciplinas como la psicología, la antropología, la historia y la sociología han dirigido su atención en la dimensión emocional/afectiva como clave analítica de interés en la lectura de un contexto específico de análisis. Recientemente, desde lo que se ha denominado las nuevas geografías, entre las cuales se destaca su perspectiva humanista, se ha empezado un acercamiento al estudio de estas y su relación con la dimensión espacial. Si bien las emociones no fueron el centro de atención de los avances que aquí se presentan, sí se encontró en las narrativas de la población un sinnúmero de menciones que subrayan un énfasis en los sentires en el proceso de movilidad; es decir, lo que hemos denominado en la investigación el *antes, durante y después* del despliegue y accionar violento de los actores armados en la población y en los lugares habitados.

La necesidad apremiante de saber cómo se manifiestan los sentidos de lugar bajo situaciones adversas –la movilidad forzada es el proceso elegido en este caso– me llevó a construir un tejido permanente entre los referentes teóricos –elaborados desde lo lógico deductivo– y el dato empírico o etnográfico –la experiencia vivida–. Vincular estos ejes de análisis, tanto en Colombia como en México, es una salida teórico-metodológica que retoma elementos desde muchas perspectivas, pero, considero, son complementarias y su tejido aquí es estratégico; buscando desde esta articulación poder describir, explicar y entender cómo la población con experiencia en movilidad forzada, en la medida de sus posibilidades y potencialidades, transforma, se apropia, genera acciones y estrategias respecto al espacio habitado, el cual se vio alterado no solo por las formas abruptas del quedarse, salir, llegar a otro lugar y volver al espacio dejado, sino también por cómo se revelan sus apropiaciones, usos y disputas, respecto a los vínculos que se crean o no con los espacios involucrados en este proceso.

Bajo estos intereses, ¿cuál es la urdimbre teórica que puede favorecer la comprensión de esta realidad? Inicialmente, parto reconociendo que la referencia a la urdimbre es a partir de un uso figurado la cual remite a la idea de tejido, a la acción; esto resulta de entrelazar un conjunto de hilos. En este caso, la urdimbre está constituida por cuatro hilazas –sentido de lugar, territorio, contexto de violencia y proceso de movilidad forzada– significativas y relevantes que indican una pluralidad en medio de la singularidad constituida intrínsecamente por ellas solas. Si bien hay un desarrollo amplio de estas en la investigación, aquí por asuntos de extensión solo mencionaré y desarrollaré una síntesis de cada una de estas hilazas, reconociendo las ideas y apuestas fundamentales que me han servido de apoyo para entender los asuntos emergentes en la búsqueda de saber cómo las personas (re)construyen sus sentidos de lugar y procesos de territorialidad en contextos de violencia, ejes claves para la construcción del argumento de este texto.

Se preguntarán entonces, ¿qué pasa con la memoria y las emociones que se presentan como elementos centrales en este capítulo? Pues bien, ambas han sido emergentes en la estancia de trabajo de campo. La memoria se hizo visible en el hecho mismo de la dinámica de la rememoración de la experiencia sobre el proceso de movilidad forzada. En este caso, es pertinente retomar a Paul Ricoeur (2010), quien sostiene que la memoria no es volver al pasado, sino una representación de él. Entonces, se vuelve a él desde el presente, a revisitarlo de nueva cuenta a partir de dilemas o preguntas hechas

desde el hoy; así, “la memoria es un puente que comunica no sólo al presente y al pasado, sino también al futuro; expectativas y experiencia” (Kuri, 2017, p. 14). En esta investigación, el ejercicio de recabar información sobre lo que ocurre con el sentido de lugar en el proceso de movilidad puso de manifiesto la memoria, entendida aquí como una herramienta necesaria para aprehender el sentido de esa experiencia que, más allá de reconstruir los hechos, lo cual también se vuelve necesario, permitió acercarme a cómo esta se vivió y se recuerda (Centro Nacional de Memoria Histórica y University of British Columbia, 2013, p. 43).

Cuando indagué en la población sobre cómo su sentido de lugar se vio menoscabado por los efectos de la violencia criminal en sus espacios habitados, fue relevante cómo la población que tomó o no la decisión de moverse de sus lugares de vida decodificó su experiencia a partir de ubicar la memoria de lo vivido en un espacio particular; es decir, lo recordado estuvo estrechamente vinculado e inscrito en un lugar. En este caso, la preeminencia estaba en el espacio más que en el tiempo.

Las personas se remitían más a los lugares donde sucedieron eventos significativos que a la identificación exacta de la fecha en la que estos sucedieron. Por ejemplo, en el *antes* de desencadenarse los hechos violentos, las personas memoran el espacio habitado como un lugar tranquilo, de convivencia, de encuentro e identidad; además, su sentido de lugar se ampliaba a escalas como el conjunto del espacio público: municipio, plazas, parques, calles, colonias o barrios; en el *durante*, el momento más álgido de la confrontación, se empieza a reducir la escala; sus lugares pasan de lo público a lo privado, especialmente la referencia se hace a la casa; y en el *después* de tomar la decisión o de que la intensidad de la violencia diezmará, rememorar los lugares fue un ir y venir entre lo dejado al momento de moverse y lo nuevo encontrado en referencia a la reterritorialización hecha en otro espacio, el cual aparece como nuevo y ajeno; esto, si la decisión fue salir. Por el contrario, si se optó por quedarse, también se asiste a un cambio en las dinámicas cotidianas, se coexiste con aquellas impuestas por los actores quienes ejercen la violencia y las que son propias de las personas que encontraron en el quedarse una respuesta a la circunstancia.

La evocación de la memoria suscitó, al mismo tiempo, las huellas emocionales asociadas al evento de moverse forzosamente de los lugares en donde la vida se construía. Rehacer el contexto en el cual se produjeron los hechos de salir o no de estos lugares y los eventos violentos a los que se asistió

llevó también a la población a identificar una serie de manifestaciones o marcas emocionales dejadas por estas vivencias. Tristeza, miedo, rabia, temor, angustia, desconfianza, nostalgia, aislamiento, incertidumbre y esperanza son los sentires más constantes en los relatos de las personas abordadas. Mientras ellas narraban cómo estas fueron experimentadas, también fue posible reconocer que si bien lo emocional es una manifestación dada en lo corporal, también sucede en o habita un espacio. De acuerdo con Alicia Lindón, la espacialidad ha sido olvidada en los estudios que se han consolidado sobre las emociones y la corporalidad,⁴ “aunque paradójicamente la relación entre el cuerpo y el espacio es inevitable para la condición humana. De igual forma, la relación entre el espacio y las emociones constituye otro aspecto ineludible de la vida misma” (Lindón, 2012, p. 701).

En este caso, la experiencia del *quedarse, salir y volver*, además de ser espacial,⁵ también es emocional.⁶ A cada uno de estos momentos corresponde –como se verá más adelante–, en simultáneo, un(os) espacio(s) así como una(s) emoción(es). Coincido con Paula Soto (2013), Robyn Longhurst (2003) y Linda McDowell (2000) en que el cuerpo es la primera escala geográfica o espacio habitado, y aunque es en él donde se viven y experimentan las emociones, realidad individual, no se debe desconocer que estas hacen parte también de un contexto más amplio en lo social, cultural, económico y político; es decir, las emociones se movilizan entre las personas, pero además “se vinculan alrededor y dentro de ciertos lugares” (Soto, 2013, p. 200).

Es así como memoria y emociones se erigen como dimensiones analíticas emergentes del trabajo de campo, siendo claves en el análisis propuesto en la investigación. Además, es a partir de ellas –memoria y emociones– como puedo llegar a aproximarme al conocimiento que las personas indagadas construyen acerca de su lugar: el próximo, el cercano a ellas, al cual le guardan afecto y con el que se identifican. Para alcanzar esto, el punto de partida será reconocer que el lugar es un centro de significados construido por la experiencia del habitar, el conocer y el hacer.

En este caso, reconstruir la memoria acerca del sentido de lugar que tienen las personas de Granada y Apatzingán con experiencia en movilidad

⁴ Aunque no se desconoce el trabajo realizado por las geografías de género (Anderson & Smith, 2001; Haraway, 1991; McDowell, 2000).

⁵ Para ampliar sobre la experiencia espacial véase Tuan (1977).

⁶ Para ampliar sobre la experiencia emocional véase Zajonc (1980).

forzada en contextos de violencia llevó a identificar unas hilazas conceptuales que constituyen la urdimbre teórica de la cual se sujeta el objetivo principal de esta investigación, lo cual hizo necesario el acercamiento a su esencia y características como categorías analíticas.

Reconociendo esta emergencia de la memoria y las emociones, traemos de vuelta la idea de urdimbre que orienta esta búsqueda.

Primera hilaza: sentido de lugar

Las mudanzas de un barrio a otro, de un municipio a otro, de un estado a otro o de un país a otro son experiencias personales que reviven un sinnúmero de emociones asociadas al extrañamiento, la nostalgia, la añoranza o la pérdida por los espacios dejados. Sentir esto lleva a preguntarse el porqué de estos sentires. Una respuesta ligera podría ser que ellos –los espacios– hacen parte del ser, tienen marcas indelebles por lo construido en ellos, a manera individual como colectiva, además de las relaciones dadas allí en el tiempo largo que ha permitido construir una historia e identidad en ellos.

Cuando hablo de espacio y creación de lugares, me ubico desde aquellas perspectivas que consideran que el espacio es socialmente construido desde la experiencia subjetiva: es decir, situarme desde ahí hace necesario reafirmar la “transformación del espacio a través del lenguaje, la interacción social, la memoria, la representación, el comportamiento y el uso en escenas y acciones que transmiten significado. Ambas son disputadas y combatidas por razones económicas, políticas e ideológicas” (Low, 2017, p. 35).

El punto de partida es que la experiencia del lugar es una parte universal y elemental de la vida, y tener una perspectiva geográfica basada en el lugar es vital para comprender las relaciones existentes (Sack, 1988). Son varios los autores y las autoras que, desde la geografía, especialmente desde la corriente humanista, retoman el lugar como concepto central en el pensamiento geográfico.

A partir de sus orientaciones, esta investigación entiende el lugar desde las áreas contenidas dentro de unos límites, mismos que invitan a imaginarlos como momentos articulados en redes de relaciones e interpretaciones sociales en las cuales una gran proporción de dichas relaciones, experiencias e interpretaciones están construidas a una escala mayor que la definida del espacio mismo en aquel momento, sea una calle, una región o incluso un continente. En este caso, se acude a un sentido de lugar extrovertido, el cual

incluye una conciencia de sus vínculos con todo el mundo, e integra, de una manera positiva, lo global y lo local; pero también se apela aquí al sentimiento de apego por el lugar (Tuan, 1977, p. 7), este busca posicionar la idea de que los seres humanos desarrollamos un sentimiento que se identifica con el afecto por el espacio habitado, lo cual va a conocerse coloquialmente como apego por el terruño y da cuenta de la forma como nos relacionamos con este desde las percepciones, las actitudes y los valores individuales que las personas han ido construyendo socialmente a través de los sentidos, las creencias y las experiencias desarrolladas hacia sus lugares de vida, tanto desde lo que se produce por sus relaciones cotidianas, como por las condiciones del medio físico en las que vive.

En la medida en que la población se mueve forzosamente de sus lugares, tiene unas trayectorias de movilidad (el quedarse, el salir y el volver) que llevan, además, a que su sentimiento o sentimientos otorgados hacia el lugar se muevan con ellos, sus emociones no están ancladas al espacio físico como tal, sino a los modos en los cuales como individuos o colectividad se relaciona con este, es así como el espacio habitado es un lugar de significación; asunto importante rescatado por Yi-Fu Tuan (2007, p. 133) cuando sostiene que ese sentimiento de pertenencia debe ser entendido desde el acto mismo de moverse. La manifestación de amor por un lugar no desaparece o se invisibiliza con el acto de salir; por el contrario, son las experiencias de percepción, apropiación, habitación y significado las que se establecen como representaciones que acompañan, sin tener necesariamente un espacio definido desde una entidad física.

Bajo estos referentes, el sentido de lugar es asumido en esta investigación como la construcción significada, desde la experiencia, de vínculos e identidades que se suceden en el o los espacios de vida de un ser humano, quien “carga” o dota, a su vez, ese espacio geográfico de valores y subjetividades, las cuales darán cuenta del conjunto de relaciones afectivas creadas en y hacia un espacio.

Segunda hilaza: territorio

Las visiones que han leído el territorio como límite, espacio de poder, gestión y dominio del Estado, ocupación o dimensión fundamental para aquellos procesos desarrollados en la superficie terrestre (Capel, 2016; López y Ramírez, 2012) se han enriquecido con las aportaciones que lo comprenden

como proceso y resultado de la acción social que, de forma concreta y abstracta, se lo apropia física y simbólicamente; sería el espacio construido, donde convergen relaciones sociales, a partir de un “ambiente de vida, de acción, y de pensamiento de una comunidad, asociado a procesos de construcción de identidad” (Tizon, 1996, p. 19).

En estos términos, el territorio, de acuerdo con el interés aquí planteado, constituiría un conjunto integrado entre sus elementos más tangibles y su construcción más sociocultural. En el caso de la movilidad forzada, se hace necesario reconocerla tanto desde su estado material (por ejemplo: las divisiones político-administrativas, sus componentes geofísicos, el poder material de las relaciones económico-políticas) hasta el poder simbólico más estrictamente cultural. Desde este punto de partida y de acuerdo con Haesbaert (2011), hay tres dimensiones fundamentales a considerar y que en el caso del proceso de movilidad forzada se constituyen como observables:

- a) *Política* (referida a las relaciones espacio-poder en general) o jurídico-política (relativa también a todas las relaciones espacio-poder institucionalizadas) en la que el territorio es concebido como un espacio delimitado y controlado, a través del cual se ejerce un determinado poder.
- b) *Cultural o simbólico-cultural*: prioriza la dimensión simbólica y más subjetiva; el territorio es visto, sobre todo, como el producto de la apropiación/valoración simbólica de un grupo en relación con su espacio vivido.
- c) *Económica*: “el territorio como fuente de recursos o incorporado al conflicto entre clases sociales, y en la relación capital-trabajo como producto de la división ‘territorial’” (Haesbaert, 2011, p. 35).

Si el sentido de lugar es una construcción experiencial y significativa para el ser humano, el interés por develar cómo se presenta en procesos de movilidad forzada debe reconocer la interrelación entre el lugar y el territorio. Este último adquiere aquí un valor relevante en términos de los asuntos, principalmente, políticos y económicos cuando empieza a ser disputado por los intereses de actores armados que, a través del control territorial y la imposición del ejercicio de la violencia, van afectando profundamente los lazos que la población hace con sus lugares.

Las acciones impactantes de violencia de los actores armados, además de las respuestas gubernamentales a estas a partir de la implementación de políticas de seguridad, han llevado a muchas personas por lo menos a elegir entre dos situaciones de interés en esta investigación: 1) quienes toman la

decisión de quedarse deben reconfigurar su existencia dentro del territorio, algunas de las personas destacaron en sus narrativas cómo modificaron sus prácticas cotidianas en el espacio público; por ejemplo, no salir a ciertas horas –especialmente en la noche–, no frecuentar algunos lugares, colonias o ranchos cercanos, no transitar en las vías que conducen a otros municipios cuando la noche se acerca; 2) las personas que se mueven a raíz de los hechos violentos asisten a la pérdida física de aquellos lugares donde llevaban a cabo sus modos de vida y de conexión con el territorio y se enfrentan al proceso de movilidad forzada emprendiendo itinerarios y trayectorias para encontrar otro espacio donde establecerse de nuevo, lejos del ya conocido.

En este sentido, el territorio es visto aquí como un resultado de las relaciones sociales y de las manifestaciones de poder entre los actores armados y estatales, pero también como resultado de relaciones de resistencia que la población manifiesta frente a los detentores de la violencia. No significa esto que la población que asiste a un proceso de movilidad forzada, por estar fuera del lugar del origen, no esté en un territorio; se puede abandonar físicamente un territorio sin perder la referencia simbólica y subjetiva al mismo, a través de la memoria, el recuerdo, la nostalgia. Es así, bajo estas circunstancias, que la población en situación de movilidad puede re-territorializar nuevos espacios, haciendo con ello una ampliación de sus sentidos de lugar desde lo que son las dinámicas de des-re-territorialización.⁷

Tercera hilaza: contexto de violencia

Comparto lo que muchas investigadoras e investigadores de diversas latitudes consideran al momento de buscar la mejor forma de apelar a la violencia, y es que ella tiene una diversidad de caras según el proceso del cual se deriva, no es lo mismo la violencia política que la de género, la violencia escolar que la criminal, la violencia laboral que la doméstica, entre otras muchas; aludir

⁷ Para Gilles Deleuze y Félix Guattari (2008), la primera regla del agenciamiento es descubrir la territorialidad que engloba, los componentes heterogéneos en el orden de lo social y biológico, conjugando a su vez lo vital, las poblaciones, los territorios, los afectos, las estéticas y los encuentros; sin embargo, esta acción implica además la desterritorialización y la reterritorialización, de acuerdo con Deleuze y Guattari (2008), la primera puede ser considerada como el movimiento por el cual se abandona el territorio, una operación de líneas de fuga, y por ello es una reterritorialización y un movimiento de construcción del territorio. En un primer movimiento, los agenciamientos se desterritorializan y, en un segundo, se reterritorializan como nuevos agenciamientos de los cuerpos y colectivos de enunciación. Estas dinámicas de territorialización, desterritorialización y reterritorialización deben ser aprehendidas como dinámicas simultáneas, es decir, la territorialización está compuesta –utilizando como metáfora una moneda– por esas dos caras que son indisolubles.

a ella significa volver a su origen, causas, manifestaciones y soluciones para determinar a cuál dimensión se hace referencia. En palabras de la profesora María Teresa Uribe, “la violencia es pues como una medusa; puede tener muchas cabezas, múltiples rostros, pero un solo cuerpo: la pérdida de legitimidad, la carencia de poder” (2001, p. 24).

Si bien identifico en esta investigación la multiplicidad de apelaciones que puede tener este concepto, parto de reconocerlo desde su definición más general asociada especialmente a términos de Estado, aludiendo al “uso ilegítimo o ilegal de la fuerza”, esto para diferenciarla de la llamada violencia “legítima” (Blair, 2009, p. 11); seguidamente, me adscribo a la propuesta del profesor y filósofo José Sanmartín Esplugues (2007), quien entiende por violencia cualquier conducta intencional que puede causar o causar daño (p. 9).

Desde este punto de partida, cabe añadir que el proceso de movilidad del cual da cuenta esta investigación apela a ella –la violencia– como contexto, ello significa reconocer y hacer visible que la violencia se “instala” en los espacios como proceso estructurante y desestructurante de las distintas dimensiones y dinámicas convergentes en él, de hecho, ella se apropia, reordena y reconfigura los tiempos-espacios de las sociedades que coexisten con ella.

En este sentido, apelar a un contexto de violencia supone observar el escenario en donde ocurre la violencia y del cual es necesario dilucidar sus lógicas en el proceso de configuración, la acción de los actores –armados y no armados–, la producción de valores y normas de hecho, lo cual deviene en un proceso diferente que configura el territorio, lo transforma, por sus dinámicas violentas en medio de sufrimiento, estigma y exclusión (González, 2010), y en las que la movilidad forzada es una de sus muchas derivaciones; en este caso, el contexto influye en las mujeres y hombres que se encuentran insertos en él y, a través de un conjunto de procesos, se generan transformaciones en ellos y en su entorno cercano, pero también en el conjunto de escalas implicadas.

Cuarta hilaza: proceso de movilidad forzada

Aquí la movilidad se convierte en un componente dinámico del lugar que ayuda a entender el movimiento de personas en relación con su experiencia social y espacial de trasladarse entre lugares y a través de lugares (Arango y Sánchez, 2016, p. 15). La contribución de la geografía a la lectura y comprensión de la movilidad forzada está primeramente en poner en escena el

espacio, exaltando el papel del contexto territorial en lo que puede ser una perspectiva amplia de los procesos de movilidad a raíz de hechos violentos; esto lleva a enfatizar la necesidad de considerar el conjunto de espacios que esta implica: a) aquel donde ocurren los hechos victimizantes; b) el de las trayectorias e itinerarios que se emprenden hasta llegar a territorializar un nuevo espacio, y c) el de vuelta, cuando se retorna a ese lugar abandonado, pero luego, al volver a él, ya es diferente. En este sentido, vale anotar que no solamente las personas sufren cambios, también tienen cambios el espacio, los territorios y los lugares implicados en este proceso.

Considerar la movilidad como proceso significa no verla como un asunto de acumulación lineal sino como algo que da sentido a las lógicas desplegadas por distintos actores en una construcción y en un espacio-tiempo particular que implica, además, la indagación de sus dimensiones en relación con las trayectorias, lógicas y tendencias (Bozzano, 2009, p. 224). Entender desde la movilidad forzada las lógicas espaciales y aquellas desplegadas por las personas antes, durante y después de tomar la decisión de salir o no de aquellos espacios donde desarrollan sus formas de vida es reconocer este proceso como una circunstancia multidimensional y compleja, no resumida en solamente decir: “me fui de aquí para allá”; estamos hablando de que el quedarse o el irse a raíz de hechos violentos supone para mujeres y hombres la reorganización de sus vida, pero también de los espacios que asisten a ella; estos espacios tienen significación tanto por su representación material como por su representación simbólica. En este caso, el proceso no denota cualquier secuencia de acontecimientos, eventos o hechos, es una sumatoria de ellos, una secuencia que constituye una permanencia de condiciones y conexiones (Coraggio, 1987), las cuales se configuran, en este caso, bajo la coacción y la violencia armada.

LA HILAZA METODOLÓGICA: DÓNDE Y CÓMO SE LLEVÓ A CABO LA INVESTIGACIÓN

Ir tras las huellas que el sentido de lugar tiene en la población que se mueve a raíz de los contextos de violencia vividos, en especial, en los municipios de Granada en Antioquia (Colombia) y Apatzingán en Michoacán (México), lleva a identificar en ellos algunos elementos de su devenir histórico y de su

conformación socio-espacial; si bien estos responden a unas lógicas y realidades particulares a escala local, también guardan relación con configuraciones más amplias de lo nacional e internacional.

Establecer estos vínculos socio-espaciales más amplios es reconocer que ellos inciden en todas las dimensiones –social, política, cultural, económica y espacial–, eso no se discute; sin embargo, para el caso de esta investigación, la dimensión espacial cobra importancia en su relación con el proceso de movilidad forzada en contextos de violencia, este último –el proceso de movilidad– será la bisagra que permitirá acercarse a una realidad compartida entre Granada y Apatzingán.

El municipio de Granada se encuentra ubicado en la zona de embalses de la subregión oriente del departamento de Antioquia, Colombia. Cuenta con una riqueza hídrica que se constituye en una fuente importante de producción energética en el país; asimismo, al poseer variedad de pisos térmicos que van desde los 13 °C hasta los 25 °C y alturas de hasta de 2600 m s. n. m., se favorece el desarrollo de una amplia vocación agrícola, la cual le llevó a ser reconocido como la reserva agrícola de esta subregión (Figura 9.1).

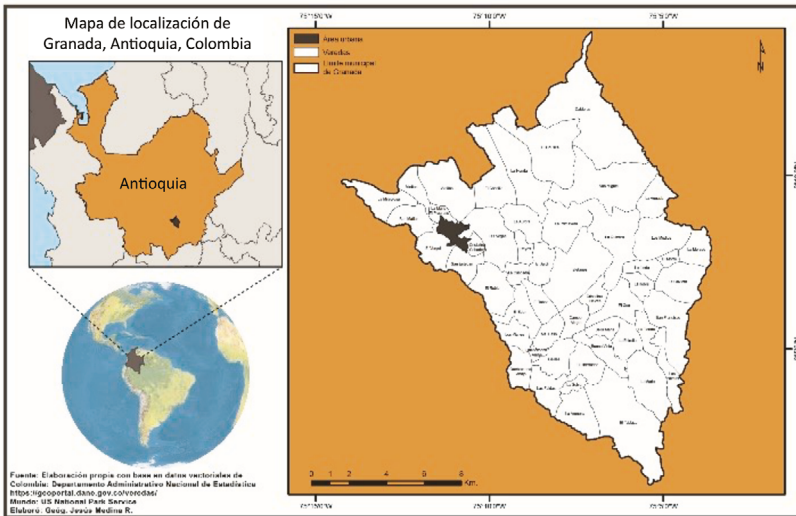


Figura 9.1. Mapa de localización de Granada, Antioquia, Colombia.

Fuente: elaboración propia con base de datos vectoriales de Colombia del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), 2017.

A partir de los años 60 del siglo xx, la construcción de los complejos hídricos de Guatapé, San Carlos, Calderas y Jaguas, la Autopista Medellín-Bogotá

y el Aeropuerto José María Córdoba, aunado a la red de caminos y carreteras terciarias que comunican con otros departamentos, llevó a Granada a ser parte de la zona geoestratégica del Oriente Antioqueño. Estos desarrollos en la Región contribuyeron no solo al flujo de mercancías y la comercialización agrícola en la escala regional, departamental y nacional, sino también a que los actores armados se disputaran este corredor como estrategia de control territorial para su consolidación militar, la movilidad “segura” de sus estructuras armadas y el tráfico de armas.

Apatzingán, por su parte, es un municipio localizado al sureste del estado de Michoacán, México (Figura 9.2); forma parte de lo que se conoce como la región de Tierra Caliente.⁸ En 1947 se crea la Comisión de Tepalcatpec, iniciativa gubernamental para activar el desarrollo nacional y regional desde la implementación del enfoque de cuencas hidrográficas, contribuyendo con esto a la potencialización de un sistema agrícola e industrial –del cual Apatzingán aportó un gran porcentaje–, la construcción de sistemas de comunicación –carreteras, puentes y conexiones ferroviarias– y presas de agua, y la implementación de servicios públicos –agua potable, energía eléctrica, salud, educación y vivienda– (Maldonado, 2010).

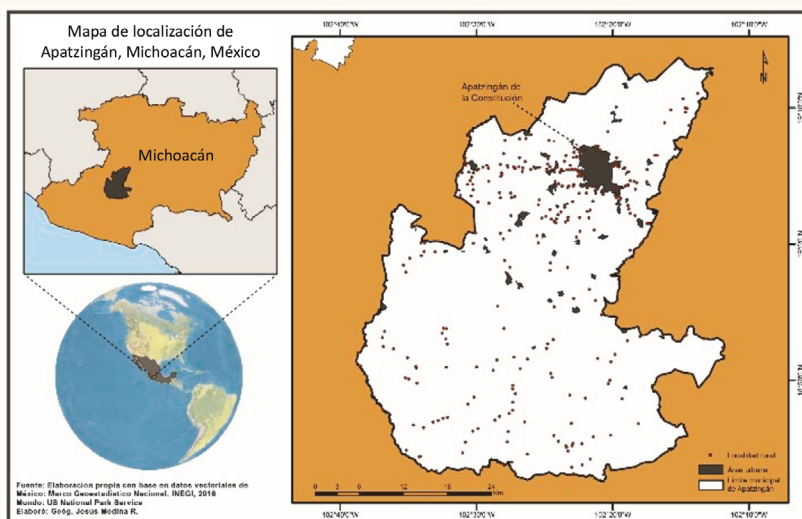


Figura 9.2 Mapa de localización de Apatzingán, Michoacán, México.

Fuente: elaboración propia con base de datos vectoriales de Colombia del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), 2017.

⁸ Esta región abarca parte del sureste de Michoacán, el noreste de Guerrero y algunos pueblos colindantes del Estado de México.

En 1973, 26 años después, parte de estos desarrollos, especialmente aquellos relacionados con el sistema vial, son una conexión significativa en términos comerciales e industriales con el Puerto Lázaro Cárdenas, uno de los accesos más importantes a la cuenca del Pacífico. Si bien estas condiciones hoy son importantes para la economía nacional, otros actores, como el narcotráfico, que también han usufructuado de estas, iniciaron una disputa para expandirse en el territorio y lograr, al menos, tres asuntos importantes: 1) el control de puntos estratégicos en términos económicos y de recursos; por ejemplo, se rescata el valor de la Sierra Madre del Sur como territorio productivo de cultivos ilícitos y como corredor de comercialización que llegaría hasta el Puerto; 2) la comunicación establecida entre lo marítimo y lo terrestre para la entrada y salida de armas y de productos derivados de la economía ilegal, y 3) la disputa por ejercer la hegemonía territorial.

Son aproximadamente 3271 kilómetros los que separan el municipio de Granada, ubicado en la región de embalses del oriente antioqueño colombiano, de Apatzingán, un municipio de la Tierra Caliente michoacana (México), pero más allá de la distancia topográfica, de asuntos identitarios y socioculturales que marcan la diferencia, el acercamiento a la experiencia del proceso de movilidad forzada visibiliza características compartidas, no desconoce las singularidades con las cuales se presenta localmente este fenómeno a razón de los marcos temporales en los que este sucede y las dimensiones políticas en referencia a su contexto particular de violencia criminal.

Dentro de los asuntos compartidos están la implementación de planes nacionales de desarrollo con énfasis en la explotación de recursos para el beneficio económico que facilitaron luego el accionar de los actores armados; la manifestación a través de acciones violentas y de coacción armada para lograr el control del poder local y la “afectación espacial”, la cual se explica “por la importancia geoestratégica de los territorios para los diferentes actores, así como por la presencia de cultivos ilícitos, recursos naturales, economías ilegales y por la facilidad de movilidad que permite la comunicación” (Salas, 2015, p. 157), por la geografía local y por fuera de sus fronteras, y por último, la adopción de estrategias y políticas de seguridad gubernamentales que más que reducir las acciones violentas, sumaron, desde la legalidad en el uso de la fuerza, un número considerable de hechos victimizantes. A razón de estas circunstancias es como ambos municipios presentan transformaciones territoriales por las acciones sobrevenidas en la población y el territorio, a raíz de lo que significa estar inserto en un espacio disputado por actores armados y el ejercicio de la violencia en sus acciones.

Ambas localidades han enfrentado, en las últimas dos décadas, las debacles de la violencia social, política y económica por diversidad de actores quienes se han disputado a fuego abierto su posición geoestratégica y la riqueza de sus tierras. En el caso de Apatzingán, se resaltan además los conflictos agrarios en relación con la concentración de la tierra, y en Granada una violencia asociada al conflicto armado colombiano, cuya historia tiene un recorrido de más de 50 años, pero que desde finales de los años 80 tomó un sinnúmero de matices entre los cuales se destaca la relación con el narcotráfico y la confrontación entre diferentes actores armados legales e ilegales⁹ por el control territorial, asunto que dejó entre los años 2000 y 2017 un total de 30,763 personas en situación de movilidad forzada y 2629 personas asesinadas, ambas cifras inscritas en el Registro Único de Víctimas (RUV) de Colombia (RUV, 2018).

En el caso de Apatzingán, la violencia que actualmente irrumpe en la cotidianidad de la población está asociada a la disputa por el poder y los territorios entre los cárteles de la droga, si bien no se tienen estimaciones de las personas cuya movilidad de sus territorios ha sido forzada, el número de homicidios puede ser un referente a tener en cuenta como victimización que puede llevar a que las personas tomen la decisión de salir del municipio; según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI, 2018) y el Semáforo Delictivo¹⁰, los homicidios en 17 años, considerando el mismo periodo que Granada, suman en este municipio 995 personas asesinadas.

Es así como el uso del terror y la reproducción del miedo por las acciones violentas desplegadas –asesinatos, masacres, desmembramiento de cuerpos, tortura, secuestro, extorsiones, retenes– se convirtieron en estrategias que llevaron a que parte de la población, en ambos municipios, emprendiera los itinerarios de la movilidad forzada como consecuencia de estos hechos victimizantes; pero si por el contrario la decisión fue quedarse, lo que hubo fue una modificación a las dinámicas sociales, productivas y, especialmente, espaciales para “adaptarse” al nuevo orden impuesto desde el ejercicio de la violencia. Además de ocasionar estas experiencias en la población, tal contexto de violencia también produjo una afectación espacial por las lógicas

⁹ Los actores armados legales que hicieron presencia en Granada son el Ejército y la Policía Nacional, y como actores armados ilegales se identifican: 1) las guerrillas del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y 2) los bloques paramilitares, a saber, el Bloque Metro de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU) y el Bloque Héroes de Granada, un apéndice del Bloque Cacique Nutibara que operaba en la ciudad de Medellín.

¹⁰ Semáforo Delictivo es un proyecto social ciudadano que provee indicadores de los delitos cometidos a nivel nacional y estatal.

territoriales y las relaciones de poder impuestas, desde la disputa armada de los actores armados, para la consolidación de una hegemonía por el control de los espacios geoestratégicos, y la definición de estrategias militares y de seguridad implementadas por el orden gubernamental.

Bajo este contexto, se planteó la etnografía multisituada como método orientador de la investigación, acompañado de distintas estrategias de aproximación a los sujetos de conocimiento¹¹ y de generación, organización y sistematización de la información (revisión de documental, conversaciones abiertas, entrevistas, talleres, recorridos, visitas guiadas, observación no participante y diarios de campo).

Si bien hay una experiencia compartida en ambos países en relación con la movilidad forzada, evidencia de una correspondencia en términos de la población que se mueve por las razones ya conocidas, también hay una riqueza en sus diferencias, en cuanto a los contextos socio-históricos, los relatos del espacio y los ritmos sociales en los que se sucede el *quedarse*, el *salir* y el *volver* como modalidades de la movilidad forzada.

La propuesta de George Marcus (2001) de “seguir empíricamente el hilo conductor de procesos” (p. 112) desde una configuración espacial múltiple, privilegiando la observancia de conexiones, asociaciones y relaciones, fue lo que me llevó a elegir la etnografía multisituada como enfoque metodológico. La adopción, en este caso, permitió: 1) superar los límites impuestos por la delimitación unilocal de un fenómeno, es decir, un proceso en un solo lugar de indagación y la reducción de la potencia del trabajo de campo por seguir los cánones de la etnografía convencional; 2) reconocer a mi sujeto de conocimiento como móvil y múltiplemente situado, analizar lo que pasa con la movilidad humana en contextos de violencia supone, en esta investigación, advertir que este proceso se construye en una “heterogeneidad de espacialidades”, una “pluralidad de lugares” (Perret, 2011, p. 58), seguir a las personas en cuanto al espacio y sus lugares, significa bajo esta mirada asumir que ambos se mueven junto con ellas.

¹¹ Parto de negar la relación sujeto-objeto para reconocer aquella que tiende a la relación sujeto-sujeto, ya no existe la gran diferencia entre el sujeto cognoscente y el objeto a ser conocido. En este sentido, entiendo por sujeto de conocimiento un sujeto actuante, con capacidad de apropiación de lo real “en una dialéctica de lo dado y lo dándose, del presente y el futuro” (Torres y Torres, 2000, p. 11). Reconozco a las personas con las que me encuentro en medio de una conversación informal o una entrevista semiestructurada como seres activos en su propio devenir, en su dignidad como sujetos de decisiones y posibilitadores de transformaciones.

SENTIRES EN PROCESOS DE MOVILIDAD: EL LUGAR Y LAS MEMORIAS

En este apartado, además de dar cuenta del objetivo trazado, presento una muestra del trabajo de campo llevado a cabo en abril, noviembre y diciembre de 2007 y enero-marzo de 2018 en Granada y Apatzingán. En él se devela la relevancia existente entre lo espacial, las memorias y los sentires que conlleva asistir a un proceso de movilidad forzada en los contextos específicos de los dos municipios. El hilo conductor serán las narrativas de mujeres y hombres que a partir de las dinámicas de la violencia tomaron una decisión: *quedarse* en el territorio, *salir* de él y *volver* a él.

El quedarse

¿A dónde me iría, a esta edad? ¿De qué voy a trabajar, de qué me voy a sostener? Yo aquí tengo mi casa, aquí tengo mi modo de sostenerme, de mantenerme, de no morirme de hambre, pero en otro lado no tengo nada, además, ¿a quién le vendes? Ahorita medio pueblo está en venta, ¡aaahhh! mucha gente se ha ido, mucha gente se ha ido, entonces, vives en la fe de que Dios te cuide y cuide a tu familia, así es como vives y es muy triste y es muy triste vivir así. (Testimonio mujer, entrevista 11, Apatzingan, 14/12/2017)

Evidenciar las memorias del quedarse fue un asunto emergente hasta el momento mismo del trabajo de campo, siempre estaba en búsqueda de personas con historias que narraran su experiencia del salir o del regresar, ¡pero el reto estuvo difícil!, porque en muchas ocasiones me encontraba con personas que si bien en algún momento pensaron en abandonar sus municipios, su decisión fue quedarse en medio del contexto violento.

El quedarse puede ser considerado junto con el moverse, el llegar a un nuevo espacio y el volver, una dimensión del proceso de movilidad, en tanto la población no queda inmóvil o inerte a lo que sucede, por el contrario, se definen distintas estrategias –de afrontamiento, enfrentamiento, resistencia y negociación– para poder estar y sobrevivir en el espacio; en este caso, el sentido de lugar se ve transformado y resignificado. Principalmente se modifican las prácticas espaciales; por ejemplo, hacer las diligencias personales o mandados en las horas de la mañana; no transitar por vías o caminos que frecuentemente están solos y de hacerlo, estar acompañado; evitar salir de noche e ir a bares, cantinas o antros, y evitar visitar colonias o barrios o áreas rurales catalogadas como zonas de peligro.

Ya uno dejó de visitar la familia que vive pa'otra vereda, las cosas no estaban como tan bien como para uno estar por ahí buscando lo que no se le ha perdido. Y sí de terco uno se iba, le tocaba andar a la pura carrera porque no había ni alma en pena por el camino. (Testimonio mujer, entrevista 3, Granada, 24Abr2017)

El salir a pasear al centro, a la plaza, ya no puede uno ir así tranquilo... por decir no más a caminar, ya no. Sale uno, pero todo lo que se pueda hacer en el día, ya en la tarde o en la noche ya no. Aquí en Apatzingán no sé si ya haiga un límite de toque de queda, pero yo, por ejemplo, donde yo vivo que es en un rancho, sí lo hay, ya no se puede llegar tarde. Ya no es lo mismo para salir como antes, no, no, ya no puedo ni decir tengo la confianza de dejar que mi hija salga con el novio en la noche a cenar, a ir a una disco o simplemente a la plaza por un helado. (Testimonio mujer, entrevista 5, Apatzingán, 22Nov2017)

Además de identificar cómo se modifican las prácticas en el espacio, quienes tomaron esta decisión también coinciden en identificar al menos tres razones que los llevaron a permanecer en su municipio: 1) No tener los recursos, principalmente económicos, para cubrir los gastos de lo que implica emprender la salida y las trayectorias involucradas en ello; o no poseer redes familiares, de amistad o de paisanos que marcan inicialmente la direccionalidad (lugar de destino) y luego la temporalidad (permanencia). Estas últimas están presentes durante el traslado, la instalación y la “inserción” en el destino. 2) La preocupación por romper con los afectos anclados a sus lugares (apego, arraigo), expresiones de identidad territorial. 3) La incertidumbre y el miedo asociados a la pérdida, en términos de los vínculos familiares y de redes sociales, los bienes muebles e inmuebles o la actividad laboral.

El quedarse implicó para quienes lo hicieron el afloramiento de una diversidad de emociones como el miedo, la desconfianza, la angustia y el aislamiento, las cuales llevan a reconfigurar o transformar el sentido de lugar en función de la violencia a la que se asiste, por ejemplo, de acuerdo con las voces recabadas en el trabajo de campo, el uso del espacio público empieza a restringirse: “después de las siete de la noche es mejor no salir”, las actividades colectivas y familiares van disminuyendo: “ya son pocas las colonias que hacemos posadas”,¹² las relaciones con los otros y las otras en entornos vecinales, laborales o de ocio se ven transformadas por la aprensión: “ya ni con las vecinas uno habla”; bajo estas circunstancias, el vínculo de los pobladores con su espacio se ve alterado, comienza a resignificarse el sentido de lugar como conexo a la experiencia vital.

¹² En México, las posadas son una tradición y costumbre celebrada nueve días antes de navidad.

Por ejemplo, cuando se nombra el miedo, este se asocia principalmente a lo que pueda pasarle a la persona que lo siente o a algún miembro de su entorno familiar, no importa el espacio: “hay miedo en la calle, hay miedo en la casa, hay miedo donde se esté”:

... uno le da miedo en todas partes, ya ni la casa es segura porque también las balas entran cuando uno está en ella, eso que llaman las balas pérdidas no distinguen de la casa o de la calle, entonces, cómo no sentir miedo que en cualquier momento le pase a uno algo. (Testimonio mujer, entrevista 8, Granada, 25Abr2017)

Estábamos en un vendimia, donde venden comida, cuando escuchamos “fuera de aquí, todos, porque ahí viene un enfrentamiento y se están balaceando en este momento y vienen para acá” y el corredero de gente, dejaron la comida servida, tiraron sillas, mesas por querer refugiarse y yo agarré a mi hijo y le dije “vente, vámonos pues” y nos metemos mucha gente al Seguro que ahí hay una pared alta, de barda, de piedra, se quedó escueto todo, bien silencioso y sin gente también y yo con mi hijo y mi hijo: “mamá, ¿qué pasa?, tengo miedo”, y le dije “tranquilo” y yo lo abrazaba “que no tengas miedo, espérate” y toda la gente allá arrinconada en el Seguro y sin saber qué hacer y yo fuerte, pero la pensión que me daba era que nos pasara algo a mí y a mi hijo. (Testimonio mujer, entrevista 17, Apatzingán, 17Dic2017)

Estos testimonios muestran cómo un espacio hecho lugar, en el cual se expresa la vida social –la calle–, pasa a ser un espacio de absoluta indefensión, de riesgo, en cuanto es la vida, la integridad corporal y la libertad las que están en una amenaza inminente. En estas y otras narrativas se muestra que lugares como el rancho, la vereda, los caminos, el trabajadero, las plazas públicas –por solo mencionar los más reiterativos en las narrativas– han pasado a formar parte de los espacios que se temen o se evitan en virtud del miedo instalado por la “nueva” espacialidad de la violencia. Si antes la memoria de los lugares estaba construida por las experiencias agradables vivenciadas en ellos, ahora se demarcan y reconocen como espacios donde tienen lugar actos violentos, temidos y percibidos como peligrosos.

Según Alicia Lindón, demarcar estos espacios como vetados, casi autoprohibidos por los hechos violentos acaecidos en ellos, significa también fragmentar las experiencias cotidianas allí construidas (Lindón, 2012, p. 13), esta fragmentación responde a cómo el miedo infringido por la violencia criminal¹³ se experimenta individualmente, se construye socialmente y se

¹³ En este caso, el énfasis se pone en esta, pero se reconocen otros tipos de violencia que pueden llevar a evitar o inutilizar los lugares.

comparte culturalmente (Reguillo, 2006, p. 32). La construcción de pertenencia, bajo este contexto, queda como una marca indeleble en el recuerdo de lo vivido, pero suspendida hoy por lo nuevo desconocido ocasionado por este tipo de violencia en el espacio. Estos lugares reseñados por la población no son aquellos a los que se llega intempestivamente, no, ellos hacían parte de su itinerario habitual, era el lugar propio, el lugar de la complacencia, en el que la vida privada encontraba una prolongación en su habitar.¹⁴

Lo que hace el miedo, como se dijo anteriormente, es transformar la capacidad de encuentro y cercanía con un espacio, reconocido ya como lugar, “la idea de daño inminente que se traduce en miedo a la pérdida, miedo al perjuicio material o miedo al dolor físico o moral” (Reguillo, 2006, p. 46) lleva a que la población empiece a percibir y significar sus lugares desde el peligro que estos suponen, restringiéndolos, evitándolos o excluyéndolos de su hacer cotidiano.

El salir

¿Por qué me fui? Por amenazas de muerte, amenazas sobre mi hija y sobre mi familia, yo me fui por cuestión de temor, de miedo, entonces ahora sí que uno se va por el bienestar de uno, (...) pero se va uno de la casa y empieza a pensar qué va a pasar, qué va a hacer. (Testimonio mujer, entrevista 4, Apatzingán, 24Oct2017)

Nos tuvimos que ir toda la familia, la vereda se quedó también muy sola, del montón de familias que había solo quedaron como cinco. Cuando nos fuimos, echamos para Cali, pero de ahí, uno de mis hijos se volvió junto con el papá, pero luego los de Cali nos fuimos a Medellín, porque mi hermano ayudó a colocar a mis hijos. Eso fue muy difícil, dejar la casita, mis animalitos, la historia de toda mi vida como que se partió en dos, en Granada y Medellín, pero uno en Medellín siempre pensaba en como era de bueno la vida en la finca y ¿ahora qué hago? (Testimonio mujer, conversación 15, Granada, 26Feb2018)

Cuando la decisión de salir está tomada, comienza a definirse una serie de situaciones que hacen parte de las trayectorias de la movilidad, como el asunto de la itinerancia, el deambular de un lugar a otro sin tener aún definido lo que será el asentamiento definitivo o temporal en otro lugar, podría decirse que la población experimenta un caos por no encontrar su lugar; en

¹⁴ Se retoma el habitar de acuerdo con Heidegger (2015), quien propone en su libro *Construir, habitar, pensar*, cuando considera que toda construcción precede un habitar, en este caso, hablo de un lugar como espacio que se construye y habita.

este caso, se apela a que el sentido de lugar es móvil por el estado mismo de movilidad continua; este hecho marca una particular forma de relacionarse con el espacio, de igual manera válida.

Emprender la salida implica iniciar con la itinerancia, en diversas ocasiones ir de un lugar a otro mientras se define el espacio de asentamiento, temporal o definitivo. De acuerdo con Cindia Arango y Luís Sánchez: “La condición de itinerancia se describe como un estado de pertenencia a ambos y ninguno, representa a quienes se han separado de sus territorios y los han abandonado sin aún haberse asentado en un lugar al que puedan llamar ‘hogar’” (Arango y Sánchez, 2016, p. 43). La emoción que se asocia a la experiencia de esta situación es la incertidumbre de no saber qué va a pasar y a dónde se va a llegar.

Yo sé que tenía que llegar hasta Tijuana, son tres días de camino, son más de 72 horas, pasé por Los Cabos, Los Mochis, parte de Sinaloa-Culiacán. Yo tenía la seguridad que iba llegar donde él, pero cuando llego donde dijimos, él me habla y me dice que ya está en Los Ángeles. Ahí me agarra la incertidumbre de dónde iba a llegar, yo en embarazo y con mi niña la mayor. (Testimonio mujer, entrevista 4, Apatzingán, 24Oct2017)

Otra de las situaciones a las que se enfrentan quienes decidieron salir hace referencia al establecimiento o asentamiento en un nuevo espacio, el cual se presenta ajeno pero que también se eligió, esta experiencia obliga a la población a repensar y resignificar el nuevo contexto espacial en el cual se encuentra, es el momento de reterritorializar. Para muchas personas esto significa la pérdida de sus modos de vida y el cambio abrupto de su entorno geográfico, pero a medida que la vida se “acomoda” a las nuevas dinámicas, se hace un extrañamiento del sentido de lugar dejado y, a partir de él, se empieza a crear uno nuevo desde esos referentes, pero también desde lo recién encontrado.

En esta ocasión, la incertidumbre está asociada a lo desconocido, a no saber cómo son las dinámicas del espacio al que se llegó, a enfrentarse como extraño a un nuevo contexto espacial. El llegar a un nuevo espacio, el reterritorializar desde la condición de foráneo, es también un momento de sentimientos encontrados, entre lo que se dejó –lo conocido, cercano, propio, familiar– y lo que ahora se encuentra –lo ajeno, extraño–.

... antes disfrutábamos ir a Morelia, pero de visita, de paseo, pero no sabíamos cómo era vivir allá... no hay como la Tierra Caliente: su gente, su comida, ¡no hay como el hogar! Llegar a Morelia fue muy difícil, uno tenía miedo de cómo era la vida allá porque es una ciudad más grande, ya uno no conocía nada y la gente

no es como la de aquí [refiriéndose a la de Apatzingán], llegar a una colonia a pagar renta y no conocer a nadie, porque mi comadre vivía un poco lejos. (Testimonio mujer, conversación 12, Apatzingán, 17Dic2017)

Este ejemplo refleja cómo la población en esta situación ve cómo sus nociones identitarias se ven trastocadas por el nuevo contexto espacial, dando cuenta del paso del proceso de desterritorialización –moverse forzosamente del espacio cotidiano donde sucedía la vida– a la reterritorialización –resignificación y reapropiación de un nuevo espacio–, esta experiencia va más allá de ir de un lugar a otro, significa, para quien la vive, replantearse y renegociar su lugar en el mundo.

¿Pero qué es lo nuevo por conocer para quienes asisten a este momento del proceso de movilidad? Fueron muchas las respuestas al hacer esta contrapregunta cuando se manifestó sentir incertidumbre e inseguridad por aquello nuevo que se antepone a la realidad de vivir fuera del lugar donde sucedió por muchos años la vida y al cual se estaba acostumbrado; sin embargo, sobresalieron cinco asuntos que caracterizan el momento de cuando se asiste a una “acomodación” en un nuevo espacio:

1. Los cambios producidos al enfrentarse a un contexto distinto, desconocido y ajeno, donde cambian las relaciones y las rutinas cotidianas anteriores para aprehender unas nuevas, hay una convergencia ambigua entre la identidad construida y la identidad propia del contexto al que se llega.
2. El lugar de habitación, la vivienda, se convierte en una cuestión en la que aflora la incertidumbre, se pasa de la tenencia a compartir un espacio con otra u otras familias, dando lugar al hacinamiento o la manifestación de sentirse arrimados, como lo revelaron algunos relatos.
3. La generación de ingresos, llegar a un espacio especialmente urbano. Es menester señalar aquí que todas las personas entrevistadas o con las que se sostuvo una conversación,¹⁵ y que asistieron a un proceso de movilidad forzada, reconocieron que su destino fue la ciudad. Dicho espacio les llevó a emprender nuevas actividades laborales, las cuales en muchos casos no respondían a sus conocimientos y habilidades aprendidas en el lugar de origen.
4. Los procesos de socialización: “no se puede tapar el sol con un dedo, decir que soy de Apatzingán puede traerme problemas a mí y a mis

¹⁵ En el trabajo de campo se realizaron 32 entrevistas y 22 conversaciones libres con población de Apatzingán y Granada en situación de movilidad forzada.

chiquillos”. Antes de salir, el sentimiento de pertenencia permitía identificarse como parte de una comunidad, pero la llegada a otro espacio implica un momento de suspensión de la biografía pasada, para empezar a construir una nueva versión desde el sentirse ajeno o extraño en el nuevo espacio. Aunque se debe hacer una precisión: también esta situación, bajo el entendido de la movilidad como proceso, puede convertirse en una posibilidad u oportunidad para acceder a la generación de otros recursos, porque no se rechaza la idea de que se asiste a un cambio personal y social.

La cotidianidad se modifica súbitamente, la regularidad de las acciones que se venían desempeñando, de acuerdo con las certezas y con las confianzas que posibilitaban actuar de alguna manera consciente de las consecuencias que desencadenarían en unas condiciones de vida, hasta entonces asumidas como estables, permitía definir la capacidad que se tenía para influir, predecir y transformar en la propia vida individual, familiar y comunitaria. Fuera del espacio físico y simbólico sobre el cual se construyó la rutina diaria, la incertidumbre se constituye ahora en una de las principales características en la vida de los desplazados, obligando ello a un gran esfuerzo emocional para replantear el orden concedido a las prácticas y a los objetos en el tiempo y en el espacio, así como al cuestionamiento sobre la primacía que ostentan ciertos modelos de identidad. (Bello, 2004, p. 9)

Y, por último, 5) moverse forzosamente de un lugar que se ha dotado de sentido, y con el cual se adscribe una identidad y una historia, constituye para quienes asisten a este proceso emprender un movimiento –la salida, el tránsito y la llegada– desde la incertidumbre de no saber cuándo se vuelve, sí es que se vuelve.

Estos cinco asuntos señalados reflejan la incertidumbre de ver desmejoradas las condiciones de vida, si bien tanto Apatzingán como Granada presentan indicadores desfavorables en términos de calidad de vida, dejar atrás un mundo conocido para enfrentarse a uno nuevo implica primeramente una apuesta por la sobrevivencia. Cualquier acto, bajo los contextos de estos dos municipios, que conduzca a la salida del lugar sentido y valorado quedará inscrito como una experiencia fundacional para el nuevo ciclo emprendido con el movimiento, marcando una nueva naturaleza en las maneras de construir y sentir los espacios como lugares.

El volver

Mi esposo no se adaptó a la ciudad, no le gusto, ¡Apatzingán no lo cambia por nada! (risas). Aunque yo tenía miedo de regresar pensando que las cosas seguían igual o peor, pero no nos aguantamos. Prácticamente se añora mucho la instancia de lo que es tu hogar, donde tú creciste, ver todos tus recuerdos, ver que la gente tiene otras costumbres, tiene otra sazón, la comida sabe diferente, no logras encontrar lo que tú acostumbrabas aquí [en Apatzingán]. Aquí por ejemplo en las noches se salía a la cena, a los taquitos, la morisqueta, la bebida, el refresco, allá son otras costumbres totalmente diferentes, la gente reacciona diferente, aunque hubo gente muy buena que siempre estuvo con nosotros, conocimos nuevas personas, diferentes, y... pero no dejas de añorar tu hogar, volver fue la alegría al alma, estás en lo tuyo. (Testimonio mujer, entrevista grupal, 22Nov2017)

El volver es un reencuentro con el territorio dejado y con los lugares amados, el espacio no es el mismo que se dejó, se asiste a uno diferente por lo que sucede o sucedió cuando no se estaba, pero también empieza a redefinirse por las experiencias con las cuales se llega de los otros lugares transitados y de las estancias prolongadas. Volver no significa que necesariamente el contexto de violencia haya pasado, 11 de las personas con quienes se conversó regresaron a los pocos meses de haber partido y se encuentran con que la situación puede seguir igual o aún con mayor degradación que cuando se fueron, pero en muchos casos pesa más en la decisión de regresar el extrañamiento de su lugar, su tierra, su pueblo, y aunque el regreso se marca a partir de la evocación y la añoranza del pasado, la realidad del presente muestra que hoy esa lectura ya no es posible.

Podría, en este caso, hablarse de un proceso de reterritorialización del espacio dejado; es decir, se inicia la “construcción de una nueva relación con el lugar de reasentamiento [espacio dejado], entendiendo que dicha relación comprende desde la disponibilidad de una vivienda y domicilio fijo, la generación de sentidos asociados a los lugares habitados y recorridos, hasta la garantía de la subsistencia y del disfrute de condiciones de seguridad” (Ocampo Prado *et al.*, 2017, p. 165). Dentro de los relatos, algunas personas insisten en que “se vuelve a hacer el lugar de nuevo”, pero lo importante es que ya es un espacio conocido, familiar y propio. Así el contexto de violencia continúe o ya haya diezmado, volver aflorará la alegría de llegar al lugar conocido, en donde está la raíz.

En este caso, la población asistirá de nuevo a la reterritorialización del espacio, como un momento dentro del proceso de la movilidad que se enmarca a partir de la llegada. La construcción y apropiación del espacio estará marcada por la forma en la cual las personas que han decidido regresar resignifican, a partir de la sumatoria de los aprendizajes a raíz de la movilidad con sus tránsitos y repertorios, junto con los conocimientos anteriores, nuevamente el espacio dejado y de nuevo habitado. Este momento del proceso implica reinventar con el cúmulo de experiencias, previas y nuevas, tanto el espacio como los lugares en donde la vida sucedía antes de la movilidad y hoy, con el volver, se presenta la “oportunidad” de construir una nueva relación en ellos tanto material como simbólica. Aunque las relaciones espaciales, además de las familiares y las sociales, no son las mismas, el volver significará inicialmente entender las diversas dinámicas, entre ellas las socioespaciales, en las cuales se desenvuelve la cotidianidad hoy en esos espacios que pueden o no seguir signados por la diversidad de acciones violentas, para así reiniciar la reconstrucción de la vida, a nivel individual pero también social.

En este momento del proceso, la esperanza fue el sentir que se hizo común en la mayor parte de los relatos logrados, aunque iba acompañada de la expectativa por saber qué traería consigo el regreso; la esperanza se convirtió en el bastión necesario para vivir/sobrevivir, era el anhelo por reencontrarse con la vida y el mundo dejado, la compañera que mantiene latente la posibilidad de que al regresar volvería a reiniciar lo que se dejó suspendido o se perdió cuando se tomó la decisión de salir.

Quando salí, fue echar la vida a suerte, a ver qué traía la ida a Medellín, pero cuando pensé en volver, casi después de dos años, uno guardaba la esperanza de volver a hacer lo que uno hacía, aunque el pedacito de tierra estuviera enmontado y ya las cosas no fueran igual, pero uno guarda una suerte de esperanza de poder volver a retornar a la vida que dejó, como que eso [la esperanza] nunca se pierde. (Testimonio hombre, entrevista 18, Granada, 15Feb2018)

Yo nunca perdía la esperanza de volver a mi Apatzingán, uno salió, pero aun estando lejos, siempre quería volver, aquí estaba la familia [...] uno guardaba la esperanza y la confianza en Dios [...] uno no perdía la esperanza de volver pronto. (Testimonio mujer, entrevista 15, Apatzingán, 16Dic2017)

La esperanza es el sentir que mantiene viva la idea del regreso, de continuar o reiniciar con la vida llevada antes de la llegada de la violencia, ella también se convierte en la oportunidad de considerar la posibilidad de

que la situación de movilidad no fuera definitiva, se advierte en oposición al miedo; por el contrario, se puede leer como una posición latente de espera, posibilitadora para continuar la vida, brota con fuerza, confiada, optimista de un cambio en las dinámicas que impulsaron a salir. El volver guarda la esperanza de que ese momento sea un reencuentro gratificante acompañado de un sinnúmero de recuerdos de lo que era la vida antes de la instauración de la violencia en los órdenes cotidianos. En este caso, la esperanza se guarda o se deposita porque existe la memoria de un lugar que se conoce, se ha vivido y por ende se ha imbuido de significado.

El recorrido propuesto por algunos de los sentires producidos por el proceso de movilidad mostró la asociación entre estos y el espacio significado por los seres humanos que viven esta experiencia. En palabras de Joan Nogué (2014), “los lugares, a cualquier escala, son esenciales para nuestra estabilidad emocional porque nos vinculan a una lógica histórica y porque actúan como un vínculo, como un punto de contacto e interacción entre los fenómenos globales y la experiencia individual” (p. 157). En últimas, lo que nos refieren las tres dimensiones que caracterizan el moverse forzosamente es que el sentido de lugar se deriva de las vivencias cotidianas dadas en un lugar, en el cual se reúnen, además de la materialidad o fisicalidad del espacio, prácticas, significados y valores que guardan una carga emocional y simbólica bien importante para los sujetos de la experiencia.

CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo he explicitado cómo el lugar asume un valor en el proceso de entender las lógicas a las que se debe enfrentar la población en situación de movilidad forzada, a raíz de los contextos de violencia que se viven en la mayor parte de los países latinoamericanos. Esta experiencia hace visible los efectos que tiene un proceso de movilidad como este en la forma en que las personas experimentan, viven y asumen sus territorios y lugares como componentes de identidad.

La memoria construida en las narrativas de la población apatzinguense y granadina permite identificar dos asuntos hasta ahora fundamentales: 1) el sentido de lugar, desde la experiencia de movilidad forzada por contextos de violencia, es una construcción multilocal; es decir, apropiaciones y signifi-

cados atravesadas por memorias y emociones circunscritas en las vivencias, prácticas y relaciones forjadas con el espacio, en el espacio y, además, con los significados de momentos como el *quedarse*, el *salir* y el *volver* componentes de este proceso, y 2) concebir el sentido de lugar bajo la experiencia de la movilidad humana está dado a partir de entrecruzamientos, complementaciones u oposiciones al sentido original y el que se sucede durante las trayectorias del proceso.

Las personas que asisten a un proceso de movilidad forzada, en este caso granadinos y apatzinguenses, concurren en una transformación de su vida cotidiana que los lleva a configurar una forma de aprehender aquello que se muestra como nuevo, ajeno y desconocido, así como en la movilidad de sentires y emociones que resignifican sus vidas en términos de espacios, de tiempos y de las relaciones con otros y otras.

En este sentido, esta investigación permitió, en lo que respecta al papel que juegan los lugares en el proceso de movilidad, encontrar que, efectivamente, las experiencias asociadas con un lugar o unos lugares sí inciden en las valoraciones, los significados y las representaciones hacia esos lugares y en la determinación de emprender unas trayectorias por fuera de las fronteras locales. De ahí la importancia de ver cómo operan en la construcción de ese sentido de lugar asuntos que están en el orden del apego a este, la identidad construida en él o la vinculación funcional, dimensiones que coadyuvan a ver si ellas influyen o no en la toma de esta decisión.

REFERENCIAS

- Anderson, K., & Smith, S. (2001). Editorial: Emotional Geographies. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 26(1), 7-10.
- Arango, C. y Sánchez, L. (2016). *Geografías de la movilidad: perspectivas desde Colombia*. Uniandes.
- Bello, M. N. (2004). Identidad y desplazamiento forzado. *Aportes Andinos*, (8), 1-11.
- Blair, E. (2009). Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición. *Política y Cultura*, (32), 9-33.
- Bozzano, H. (2009). "Procesos, lugares y actores: una triada social". En: H. Bozzano (Ed.), *Territorios posibles. Procesos, lugares y actores* (pp. 223-252). Lumiere.
- Capel, H. (2016). Las ciencias sociales y el estudio del territorio. *Biblio 3W: Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, 21(1.149), 1-38.
- Centro Nacional de Memoria Histórica y University of British Columbia. (2013). *Recordar y narrar el conflicto. Herramientas para reconstruir memoria histórica*. Centro Nacional de Memoria Histórica.

- Coraggio, J. L. (1987). *Territorios en transición: crítica a la planificación regional en América Latina*. CIUDAD.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2008). *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia* (J. Vázquez Pérez y U. Larraceleta, Trans.). Pre-Textos.
- González, A. (2010). *Viajeros de ausencias: Desplazamiento forzado y acción colectiva en Colombia*. Universidad Complutense de Madrid.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reivindicación de la naturaleza*. Cátedra; Universidad de Valencia.
- Haesbaert, R. (2011). *El mito de la desterritorialización: del fin de los territorios a la multiterritorialidad*. Siglo XXI.
- Heidegger, M. (2015). *Construir, habitar, pensar*. La Oficina de Arte y Ediciones.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2018, julio). *México en cifras. Michoacán de Ocampo*. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. Recuperado el 20 de julio de 2018, de <https://www.inegi.org.mx/app/areasgeograficas/#collapse-Resumen>
- Kuri, E. (2017). La construcción social de la memoria en el espacio: una aproximación sociológica. *Península*, 12(1), 9-30.
- Lindón, A. (2012). Corporalidades, emociones y espacialidades: hacia un renovado *betweenness*. *RBSE - Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, 11(33), 698-723.
- Longhurst, R. (2003). *Bodies. Exploring Fluid Boundaries*. Routledge.
- López, L. y Ramírez, B. (2012). "Pensar el espacio: región, paisaje, territorio y lugar en las ciencias sociales". En: M. E. Reyes Ramos y A. López Lara (Coords.), *Explorando territorios. Una visión desde las ciencias sociales* (pp. 21-48). UAM Xochimilco.
- Low, S. (2017). "Introduction: the importance of and approaches to the ethnography of space and place". In: S. Low, *Spatializing Culture. The Ethnography of Space and Place* (pp. 1-11). Routledge.
- Maldonado, S. (2010). *Los márgenes del Estado mexicano: territorios ilegales, desarrollo y violencia en Michoacán*. El Colegio de Michoacán.
- Marcus, G. (2001). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, 11(22), 111-127.
- McDowell, L. (2000). *Género, identidad y lugar: un estudio de las geografías feministas*. Cátedra.
- Nogué, J. (2014). Sentido de lugar, paisaje y conflicto. *Geopolítica(s)*, 5(2), 155-163.
- Ocampo Prado, M., Chenut Correa, P., Ferguson López, M. y Martínez Carpetá, M. (2017). Territorialidades en transición: pobladores desplazados por la violencia del conflicto armado colombiano y la resignificación de su territorio. *Psicología USP*, 28(2), 165-178.
- Perret, G. (2011). Territorialidad y práctica antropológica: desafíos epistemológicos de una antropología multisituada/multilocal. *KULA. Antropólogos del Atlántico Sur*, (4), 52-60. <https://plarci.org/index.php/kula/issue/view/138/76>
- Reguillo, R. (2006). "Los miedos contemporáneos: sus laberintos, sus monstruos, sus conjuros". En: J. M. Pereira y M. Villadiego (Eds.), *Entre miedos y goces. Comunicación, vida pública y ciudadanías* (pp. 25-54). Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Registro Único de Víctimas (RUV). (2018, julio). *Víctimas Conflicto Armado*. Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas. Recuperado el 1 de julio de 2018, de <https://>

- www.unidadvictimas.gov.co/es/registro-unico-de-victimas-ruv/37394
- Ricoeur, P. (2010). *La memoria, la historia y el olvido*. Fondo de Cultura Económica.
- Sack, R. D. (1988). El lugar y su relación con los recientes debates interdisciplinarios. *Documents D'analisi Geografica*, (12), 223-241.
- Salas, L. G. (2015). Lógicas territoriales y relaciones de poder en el espacio de los actores armados: un aporte desde la geografía política al estudio de la violencia y el conflicto armado en Colombia, 1990-2012. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, 24(1), 157-172.
- Sanmartín Esplugues, J. (2007). ¿Qué es violencia? Una aproximación al concepto y a la clasificación de la violencia. *Daimon. Revista de Filosofía*, (42), 9-21.
- Soto, P. (2013). "Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia: discursos y prácticas sobre la corporalidad y las emociones". En: M. Á. Aguilar y P. Soto Villagrán (Coords.), *Cuerpos, espacios y emociones* (pp. 197-219). UAM; Porrúa.
- Torres, A. y Torres, J. C. (2000). Subjetividad y sujetos sociales en la obra de Hugo Zemelman. *FOLIOS, Revista de la Facultad de Artes y Humanidades*, (12). <https://doi.org/10.17227/01234870.12folios12.23>
- Tizon, P. (1996). "Qu'est-ce que le territoire?". En: G. Di Méo (Dir.), *Les territoires du quotidien* (pp. 17-34). L'Harmattan.
- Tuan, Y. F. (1977). *Space and Place: The Perspective of Experience*. University of Minnesota.
- Tuan, Y. F. (2007). *Topofilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno* (F. Durán, Trad.). Melusina.
- Uribe, M. T. (2001). *Nación, ciudadano y soberano*. Corporación Región.
- Zajonc, R. (1980). Feeling and Thinking: Preferences Need No Inferences. *American Psychologist*, 35(2), 151-175.